



MUELLE FISCAL. VERACRUZ.

• 124 •

Este hermoso muelle forma parte de las obras interiores del puerto. Está construido perpendicularmente al gran malecón ganado al mar, y que constituye la parte capital de las dichas obras interiores. Tiene una longitud de ciento ochenta metros por veintidós metros y medio de anchura. Se levantó sobre pilotes de acero macizo de quince centímetros, á fin de asegurarle toda la resistencia posible. Se calcula que posee capacidad para soportar cinco toneladas por cada metro cuadrado.

En el plano general de las obras del puerto, este muelle es el más próximo á la Casa de Aduanas; se encuentra colocado en línea recta de este edificio. Por esta circunstancia, así como por su carácter, este muelle es centro de una actividad extraordinaria, durante todo el día. Liégase á él atravesando directamente el edificio de la Aduana, y el espectáculo de

su animación, es lo primero que sorprende la atención de los viajeros que llegan á Veracruz, ávidos de contemplar los variados aspectos de la vida de un puerto. Atracados á sus costados se encuentran invariablemente grandes embarcaciones, con banderas de todas las naciones; el movimiento de la carga y la descarga es activísimo; una nube de estivadores y mozos de la Aduana atruenan el aire, conduciendo sobre sus carretillas de hierro, bultos que traen etiquetas de todas las naciones del mundo; ábrense y ciérranse con estrépito las puertas de carga y descarga de los buques; por fin, una detonación, un cohete lanzado á los aires, anuncia que la operación ha terminado. Y sale el navío, siendo poco tiempo después reemplazado por otro. La profundidad hacia los costados del muelle fiscal, es de 8.50 en baja mar; así es que atracan en él embarcaciones de más de veinte pies de calado



MONUMENTO Á JUÁREZ. VERACRUZ.

• 125 •

La ciudad tres veces heroica de Veracruz, Sinaí desde donde se lanzaron, en épocas de aguda prueba para la Patria, las inmortales leyes que la han engrandecido y colocado al nivel de las naciones más cultas, las sublimes leyes de 57, esa ciudad necesitaba erigir un monumento al gran repúblico que en aquellas horas angustiosas se acogió á su seno siemprevivo para aniquilar á los enemigos del progreso y salvar la causa nacional. Y Veracruz, queriendo perpetuar en el bronce y el mármol la memoria del insigne demócrata, erigió el monumento que hoy se contempla en la Alameda, dedicado al C. Benito Juárez, con ocasión del Centenario glorioso de su nacimiento.

No es el puerto de Veracruz, ciudad propiamente monumental, ni que se distinga desde el punto de vista arquitectónico ó escultórico. Las condiciones que la rodean, propenden á hacer de ella el puerto lleno de bullicio, donde se escuchan todas las lenguas del mundo,

donde se confunden todos los tipos, desde el atezado africano hasta el rubio marinero de los mares del Norte. Como población costanera, de clima ardiente, es la ciudad pintoresca, merecedora por las brisas refrescantes del Golfo, que mecen los abanicos armoniosos de las palmeras pintadas de verde y típicos tejados de tierra caliente.

No puede haber aquí, pues, maravillas de arquitectura; la misma piedra, propia de los monumentos, escasea en las inmediaciones del puerto, de manera que en la sencilla columna de la Alameda, alzada sobre blanco zócalo, caizada por arrogantes águilas bronceadas, ceñida de magnífica guirnalda; en esa airosa columna, sobre la que se yergue la severa estatua del gran repúblico, no hay que ver, principalmente, sino la expresión elocuente del acendrado patriotismo y ferviente espíritu democrático que ha animado en todo tiempo á los hijos de la ciudad tres veces invicta.



La línea de la costa es irregular y tendida en el puerto de Veracruz y apenas si dibuja el contorno de una abierta rada hacia barlovento. Frente á la ciudad, en la distancia, los arrecifes interrumpen la tersura de las aguas, y en la lejanía, las siluetas de las islas parecen desconocidos seres marinos, que acechan inmóviles la salida de las embarcaciones. No lejos de la costa, el torreón medioeval de la fortaleza de Ulúa, erigida en un islote, levanta su siniestra mole... Llegando toda aquella superficie bullente; agitando á veces, hostil; otras ocasiones sereno y arrullador, el mar juega con la luz, cerca en abrazo suavísimo el cuerpo de las naves y llega á lamer sumiso y dócil los costados de los malecones.... El monstruo se halla domeñado por la mano del hombre. Perdió toda su pujanza al entrar, como en una celada, en aquel abrigo lleno de presas codiciales, libres ahora de sus garras. Aquellos largos brazos, blancos y rígidos; aquellos brazos de piedra que se cierran casi en la distancia, le impiden asaltar el puerto, y detienen la vio-

lencia de sus olas, que se estrellan contra sus flancos y se desbaratan en raudales de espuma, impotentes á pesar de su cólera....

A las orillas de aquel mar encadenado, reposa la sultana del Golfo, la bella Veracruz, reclinada á la sombra de las palmeras, cuyos penachos de esmeralda estremece la anhelada brisa de la tarde. ¡Ciudad ardiente, ciudad heroica! Estrépito interminable, bullicio siempre renaciente y siempre alegre llena sus anchas calles. ¡Quién sabe qué chispa de vida, de la alegría del vivir, refulge en las pupilas de sus hijos, y principalmente en los ojos cintiladores de las bellas veracruzanas, de las guapas "jarochas"... La vida del puerto es una música continua, una alegría ininterrumpida. Brota el donaire de todos los labios, la verba regocijada y pintoresca, la malicia y el chiste. ¡Oh bella Veracruz, ciudad costeña, tierra de la luz, de la alegría y del patriotismo!

Hermoso entre los primeros es el panorama de Veracruz. Después de admirarlo se comprende el señuelo irresistible con que su fama atrae á viajeros de todas partes del país, y el encanto con que lo contempla el extranjero que pisa por vez primera el territorio nacional. A las bellezas de la naturaleza, á la indescriptible hermosura que impregna perennemente todo punto de la costa, arrullado por el mar y batido por las olas, al esplendor del ambiente tropical, se unen aquí las prodigiosas obras, acometidas y realizadas por la mano del hombre. Dirijamos una mirada á la bahía.... Anchos muelles, poderosos malecones, de los que arrancan, como brazos gigantes, los embarcaderos.... Los costados atracan buques que ostentan en sus mástiles banderas de todos los colores.... Lo mismo se contempla allí el navío americano, que el poderoso vapor español, ó las grandes chimeneas, pintadas de rojo y negro, de arrogantes transatlánticos, en cuyos mástiles flotan los colores de Inglaterra, de Francia ó de Noruega.... El ir y venir de multitud

cosmopolita, no cesa nunca por los muelles.... Entre un bosque de cadenas y calabotes, se aviva el trajín de estivadores y empleados de la Aduana, que no cesan un punto de recorrer el muelle, transportando bultos en sus carretillas de fierro.... Pero la mar nos está cautivando y á ella volvemos los ojos hechizados. Su manto de esmeralda apenas se riza, dentro de la bahía, á impulso de la fresca brisa, que viene á templar los ardores del sol canicular.... Las olas penetran mansas, apacibles y torneadas al puerto, perdida toda su violencia ante los fuertes diques y los salvajes rompe-olas que las esperan con la cresta erizada de peñascos, para desbaratar su raudaloso empuje....

De vez en cuando el vuelo poderoso de alguna gaviota cruza el espacio, y más allá, en la lejanía, se dibujan los contornos de Isla Verde, los Sacrificios y la Blanquilla, y sobre los bajos que las cercan se pintan largas líneas de espuma....